

Suza, la capital milenaria, fué arrasada por Assurbanipal. «Abrió sus tesoros, tomó el oro y la plata, sus riquezas... Me apoderé de Chuchinak, el dios que habita los bosques y cuya divina imagen no había visto aún persona alguna... Destrocé los leones alados y los toros que velaban guardando los templos». El vencedor se embriaga con su canto de destrucción, y ningún interés podían tener para él las tabletas de arcilla cocida que componían los archivos de la administración; mas para nosotros, los restos que dejaron los bárbaros conquistadores tienen más valor que el oro de que tan ávidos se muestran<sup>1</sup>. Después de la caída de Suza, el Elam, «el más antiguo de los Estados del Asia anterior», desapareció de la escena del mundo<sup>2</sup>.

Unos treinta años después de la caída de Suza, Nínive, la capital de los orgullosos Sars, sucumbió á su vez bajo los golpes de los Medas, unos cincuenta años antes que Ciro, el rey de los reyes, subiese al trono persa.

El hecho más antiguo de la historia iránica, conservado como un diamante en barro impuro, nos muestra, en medio del fárrago legendario de las crónicas contradictorias, que los antiguos Persas, destinados á sufrir la dura opresión de los reyes, tuvieron también sus días de noble reivindicación: el acontecimiento permanece envuelto en la sombra de un período desconocido y no se sabe qué personajes se habían arrogado el imperio, pero la tenaz memoria del pueblo y la precisión de la narración, tal como la transmite la epopeya persa, no permite duda acerca de esta revolución de los antiguos tiempos<sup>3</sup>, encajada en la extraña fábula del monstruoso Zohak, que llevaba sobre sus hombros dos enormes serpientes que sólo se alimentaban de cerebros humanos. Diecisiete hijos del herrero Kaueh habían sido ya trepanados por las serpientes reales y no le quedaba más que uno, designado por el tirano para sufrir el mismo destino. Entonces Kaueh enarbolando su mandil de herrero en un palo y seguido de otros trabajadores blandiendo sus herramientas, se precipitó sobre Zohak: el monstruo, acobardado, huyó hacia el Demavend, donde el héroe Feridun le clavó sobre un peñasco del volcán. Durante miles de años el mandil de Kaueh fué

<sup>1</sup> J. de Morgan, *Mission archéologique en Perse*, prefacio.

<sup>2</sup> G. Maspero, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, p. 470.

<sup>3</sup> Mohl, *Livre des Rois*.

el estandarte protector de Persia; pero desgraciadamente los herreros no conservaron su custodia: se la quitaron los soberanos para cubrirle de púrpura y de brocado, para adornarle con diamantes y zafiros, rubíes y turquesas; le pusieron en una urna que para ser transportada necesitaba el esfuerzo de muchos hombres, y el pueblo la desconoció. La historia nos dice que la capilla portátil cayó en manos de los Musulmanes cuando el formidable choque de Kadesieh, y que los vencedores se repartieron los restos; pero «no era aquélla la bandera verdadera», se dicen los Persas en secreto, y todos confían en que se encontrará un día el mandil del herrero. Bajo una forma diferente, también lo esperamos nosotros.

Antes de haber sufrido el yugo de los grandes imperios conquistadores, las numerosas tribus de los montes y de la meseta, que gozaban



CARACTERES CUNEIFORMES COPIADOS EN PERSÉPOLIS EN 1621

todavía de su autonomía política, se encontrarían en una situación análoga á la de los Bakhtyaris de nuestros días, y, como ellos, llevarían una existencia muy sencilla y pura, alternando sus ocupaciones entre el cuidado de sus grutas y la cría de sus ganados en los altos prados.

Una antigua leyenda de la historia de los Medas, referida por Herodoto, enseña que, únicos entre todos los pueblos, los habitantes de esas altas mesetas no obedecían las leyes de la guerra y no conocían sino las de la justicia. Noble y recta sería en su origen una nación en que la educación de la infancia consistía en tres cosas: «montar á caballo, tirar el arco y decir la verdad», y en que la costumbre prohibía decir lo que no era permitido hacer<sup>1</sup>. Se recuerda la exclamación:

<sup>1</sup> *Histoires d'Herodote*, lib. I, ps. 136, 138.

mación del gran rey meda Astyages, á punto de ser vencido por el principillo persa Ciro: «¡Cómo tienen tanto valor esos comedores de pistachos!»<sup>1</sup>

Una particularidad del lenguaje primitivo de los Arias, tal como se nos ha revelado por el estudio de los diversos dialectos derivados de aquél, supone grandes cualidades pacíficas en las primeras poblaciones de la raza. En efecto, las palabras relativas á ocupaciones tranquilas se parecen en su mayor parte ó proceden de un tronco común; asimismo, los términos que designan los animales domésticos son parientes en los lenguajes arias del Oriente y del Occidente, en tanto que las palabras referentes á cosas de la guerra, de la caza y á los animales silvestres, pertenecen casi todas á las lenguas de origen posterior; indicando así que en todos los países de inmigración, á un período de gran tranquilidad primitiva sucedieron siempre épocas de perturbación<sup>2</sup>.

Según el «Libro de los Reyes», los primeros Iranios no comían aún la carne de los animales y no conocían otro alimento que las raíces, las semillas y las frutas. Firduzi refiere cómo se logró transformar Zohak, joven príncipe dulce y bueno, en un monstruo de maldad: se le hizo tomar un huevo, después muchos; se le habituó gradualmente á comer carne, asada primero, después cruda, y se acabó por convertirle en aquel abominable caníbal de quien triunfó el herrero Kaueh llevando como estandarte su mandil de cuero. Esa educación sangrienta es un símbolo: la revolución producida en las costumbres por la nueva alimentación carnívora coincidió probablemente con grandes guerras entre los habitantes de la meseta iránica y las gentes de la llanura baja.

Los documentos dejados por la historia primitiva son insuficientes para enumerar todas las partes de la inmensa herencia legada á la humanidad por el mundo iránico: descubrimientos y oficios, concepciones filosóficas, poemas, mitos y narraciones. Pero es muy probable que la parte de esos antepasados en nuestro saber actual sea muy superior al conocimiento que tenemos de ellos.

Créese que les somos deudores de los primeros procedimientos que permitieron la elaboración de las matemáticas. Entre los Iranios, y á

<sup>1</sup> Nicolás de Damas, citado por Dieulafoy, *L'Art antique de la Perse*, p. 23.

<sup>2</sup> Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, trad. C. Perrot, ps. 53, 54.

juzgar por la próxima parentela de los términos que designan las unidades, las decenas y las centenas, se introdujo el sistema de numeración que, desprendiéndose completamente del uso de las metáforas y de los sinónimos, fijó definitivamente para cada número términos de sentido concreto, lo que fué una de las revoluciones más importantes de la historia humana. Esta serie de las cifras primitivas se detenía inclusivamente en las centenas, porque los nombres de «mil» difieren en los dialectos indo-europeos<sup>1</sup>; sin embargo, contenía en germen la teoría del sistema de numeración, sin el cual no podría concebirse el desarrollo científico del mundo moderno.

Por último, surge la duda de si los Persas habían descubierto el arte de representar la Tierra bajo la forma de una bola. ¿Qué era sino aquella copa maravillosa que consulta Ciro y sobre la cual estaban grabados los contornos de las



REY ACOMPAÑADO DE SUS SERVIDORES

Grupo sobre el que se halla el *feruer*.  
(Véase página 428).

Según un bajo-relieve de Persépolis.

<sup>1</sup> Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, trad. Perrot, ps. 65 y 67.

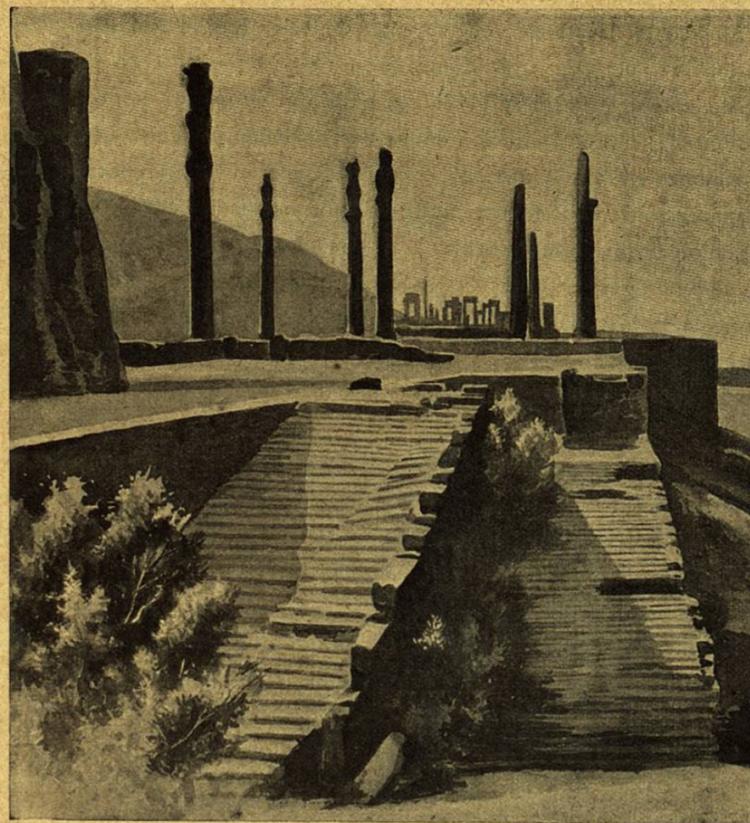
siete partes del mundo? ¿Puede verse en ella otra cosa que un ensayo de figuración del globo?

Los cultos primitivos, que se mezclaron con otros elementos para constituir después el mazdeísmo y valieron á las regiones de Irania el nombre de «comarcas puras», parecen haber sido el de la labranza, que hace colaborar al Hombre con la Tierra, y el de la llama purificante; esta doble adoración quedó mucho tiempo encerrada en el círculo estrecho de las familias, sin la temible intervención de una casta sacerdotal.

El culto del Fuego es ciertamente de todos el más sencillo, el más normal y fácil de comprender y de justificar científicamente. En cuanto el hombre, libre del terror primitivo, comenzó á reflexionar sobre los efectos y las causas en el inmenso universo que le rodea, hallaría natural adorar el gran astro de donde, para la Tierra y sus habitantes, procede toda vida. Antes del alba hace frío, todo está triste, el hombre permanece inquieto por los sueños de la noche; mas apenas el sol redondea sobre el horizonte su curva centellante, la Naturaleza se estremece de amor, las flores se entreabren, los pájaros cantan, los hombres, dichosos por el despertar, se ponen á trabajar con alegría. Después, cuando el astro, habiendo recorrido su carrera, se oculta rojo y suntuoso en su lecho de nubes, cuando el ancho disco se ha sumergido en el Océano, todos van al reposo, y el sueño entorpece los seres, preparándolos para el renuevo del día siguiente. La fuerza del Sol pasa al fuego, reflejo terrestre, chispa del sublime hogar, que penetra en la savia de los árboles, en la sangre de los animales y de los hombres, en nuestros músculos y en nuestros cerebros. Que el Sol cese de brillar, y sobre la Tierra todo desaparecería al mismo tiempo. Que el calor disminuya á consecuencia de un viaje excéntrico en el infinito, entraríamos en «el gran invierno»<sup>1</sup>, y nuestra civilización tan decantada se volvería bárbara; los glaciares que habían retrocedido hacia el polo emprenderían nuevamente su curso para descender del círculo glacial y arrasar otra vez las campiñas y todas las obras del hombre.

Es, pues, plausible que de todas las raíces que elevaron el gran

<sup>1</sup> James Croll, *Climate and Time*.



RUINAS DE PERSÉPOLIS, GRAN ESCALERA DE HONOR

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

árbol de la religión mazdeista, la más antigua sea el culto del Sol y de su representante en la Tierra la Llama deslumbrante, que arde y purifica. Esa religión primera, cuyas huellas ha borrado parcialmente la evolución general de la humanidad, conservaba en el iranismo caracteres tan vivos y precisos que respecto de él los pueblos se encontraban todavía en su estado de emoción primitiva.

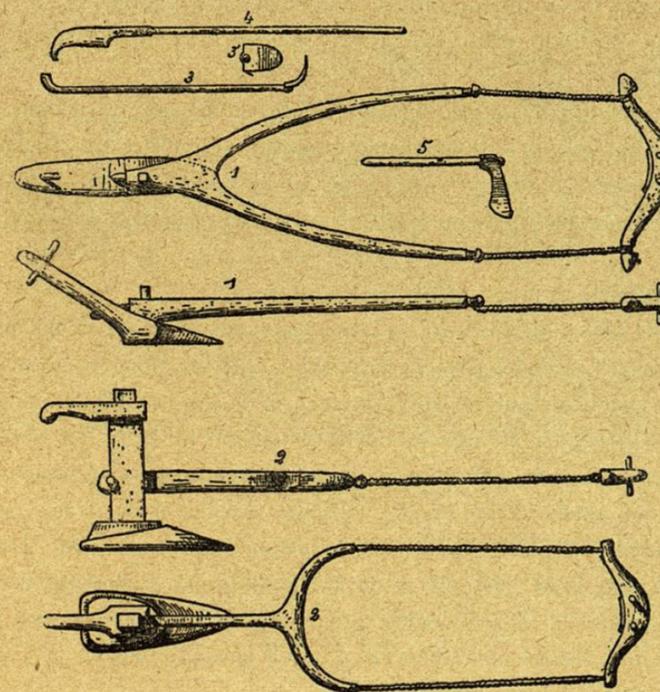
Verdad es que en todo tiempo el animal y el hombre habían conocido el fuego, sea en los cráteres de los volcanes, sea en los árboles

encendidos por el rayo, sea también en el choque de los fragmentos del sílex ó en las ramas de diferentes especies que se encienden por la fricción; ¡pero cuán prodigioso fué el descubrimiento que enseñó el arte de conservar la brasa ó la llama, y, lo que es mejor, de producirles á voluntad! En comparación de ese descubrimiento primero, todas las invenciones de que tanto nos enorgullecemos son poca cosa, simples transmutaciones de la fuerza inicial que nos fué dada cuando, merced á su genio, vió un hombre brillar la chispa ante sus ojos: desde entonces existieron en germen todas las industrias. Había nacido la más noble figura de la historia mítica y de la historia real, la de Prometeo, «el raptor del Fuego».

Compréndese que las primeras prácticas de la creación del fuego hayan sido consideradas como santas y que los jefes de familia hayan considerado como un deber producir el fuego según el antiguo procedimiento, por el frote de un palito puntiagudo de madera fuerte girando sobre el agujero otro palo de madera blanda. El fuego doméstico quedó, durante miles de años, rodeado de todos los signos exteriores de una veneración profunda; y es curioso que las mismas ceremonias se hallan idénticas entre los panteístas y los politeístas arios de la India, entre los dualistas iránicos y los fetichistas de Africa y del Nuevo Mundo; prueba de que el culto del Fuego había precedido entre unos y otros á las evoluciones religiosas y al dogma propiamente dicho.

Ese culto primitivo que respondía á una conquista de la mayor importancia, realizable en todas partes y casi independiente de las condiciones geográficas, fué, de todas las religiones, la que pudo pasarse más tiempo sin ceremonial sacerdotal: la conservación del fuego era el oficio natural de la madre de familia, de la que conserva la vida en el hogar. Ahora mismo, después de miles de años, quizá diez mil, quizá cien mil, ese culto suele expresarse sin palabras, pero con solemne reverencia, en innumerables habitaciones: entre los Gatchas, por ejemplo, pueblo pamirio primitivo que no tiene sacerdotes, la brasa se despoja religiosamente cada mañana de las cenizas que la cubren; y es tal el respeto que inspira su calor, que es al mismo tiempo luz, que se guardarían mucho de tocar el carbón flameante con objetos impuros, ni siquiera con el aliento, porque desde los orígenes comprendió el hombre que el soplo, tomado de la pura atmósfera, se carga á cada expiración

de un veneno sutil; para extinguir respetuosamente la llama se ha de agitar la mano según los ritos prescritos. La brasa es, sobre la piedra del hogar, lo que para el Universo es el Sol triunfante que preside cada día la obra del trabajo.



INSTRUMENTOS ARATORIOS DEL MAZANDERAN

1 y 2. Arado. — 3. Herramienta para el cultivo del arroz. — 4. Podadera de mango largo. 5. Hacha.

Según una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

Esta religión primitiva de la llama vivificante ha persistido en todo tiempo, penetrando las otras religiones, aun aquellas que nacieron del espanto de la muerte: no hay iglesia en que no brille una pequeña llama inextinguible, y donde no haya vírgenes que simbolicen la duración de la vida nacional por la adoración perpetua, encargadas de conservar el